

Después de concluído lo de la fuente comimos y en seguida subimos á la torre de la Iglesia para formarnos desde allí una idea del terreno, que se nos presentaba muy accidentado é irregular. D. Crescencio subió con nosotros y muy complaciente comenzó á darnos todas las explicaciones que le pedíamos y así pudimos saber que el pueblo de Cacahuamilpa se halla situado entre tres grandes montañas, cuyos nombres son Jumil, el Tomasol y la Corona, que forman entre sí una profunda cañada cubierta por la vegetación y en el fondo de la cual corre el río Amacusac que se ha formado por la unión de los ríos de Santiago y de Chontlacuatlan, que nacen al pie del Jumil al iniciarse la cañada y por dos enormes bocas abiertas en la roca caliza que constituye aquellas montañas. En la falda del cerro de la Corona y como á media legua del pueblo, está la boca de la gran caverna y un poco más arriba y á un lado se halla la gruta «Carlos Pacheco.»

Nos pusimos en marcha á las cinco pm. y nos dirigimos por una vereda angosta que sigue las laderas del cerro del Tomasol para después bajar á la barranca que lo separa del de la Corona. En un principio no presentó el camino ninguna dificultad, pero después llegamos á una bajada estrecha y pedregosa que con rápida pendiente conducía al punto á que debíamos llegar. La mayor parte de nosotros nos bajamos de los caballos para poder bajar sin peligro de una caída, que en aquel lugar podría haber sido de fatales consecuencias. El punto donde termina esta vereda, como dijimos antes, es una pequeña glorieta perdida en medio de la barranca y entre frondosa vegetación. Poco á poco fueron llegando todos los compañeros reuniéndose en aquel lugar, mientras nosotros con las señoritas trepamos por entre unas piedras y en medio de zarza y matorrales para llegar á la boca de la caverna que queda de allí como á unos doscientos metros y á la cual queríamos ser los primeros en llegar. Grata impresión causó en nuestro ánimo encontrarnos repentinamente frente á un enorme boquerón, abierto entre grandes acantilados y dentro del cual sólo veíamos la profunda obscu-

ridad; á decir verdad, esta impresión fué causada porque veíamos el término de nuestro viaje, porque estábamos junto á lo que tanta ansia teníamos de conocer, mas no por el aspecto, pues por fuera se presenta como cualquiera otra cueva y no da ni la más remota idea de las maravillas y grandiosidad que encierra. Las señoritas, el Dr. Govantes y nosotros llegamos los primeros, uniéndonos en seguida todos los demás. Después tuvimos algunos de nosotros que regresar con el Dr. Altamirano á donde habíamos dejado los caballos, pues nos avisaron que los encargados de ellos se los estaban llevando para Cacahuamilpa, dejando tirados y amontonados nuestros equipajes. En efecto, cuando llegamos notamos que la mayor parte de los mozos se habían ido, no quedando con nosotros más que nuestros mozos particulares. Mientras esto pasaba ya el sol se había puesto, la obscuridad comenzaba á reinar en aquellos lugares, y nos encontrábamos con todo lo nuestro tirado á doscientos metros de la caverna donde debíamos pasar la noche.

Por fin, resolvimos que entre todos nosotros, con los mozos y ayudados por unos muchachillos que se nos habían agregado del pueblo, subiéramos nuestros equipajes, y á las seis y media de la noche nos encontrábamos en la boca de la gran caverna.

No obstante lo muy cansados que estábamos, inmediatamente comenzaron los naturalistas su campaña contra unos inofensivos murciélagos que asustados con nuestra presencia salían en bandadas por el interior de la gruta. El Sr. Herrera y el siempre entusiasta y alegre Sr. García, ayudados eficazmente por los traviesos chiquillos del Dr. Villada, con grandes varas en la mano azotaban el aire en todas direcciones, maniobra que por lo pronto no comprendíamos, pero que después se nos explicó: tenía por objeto coger á los murciélagos, pues saliendo estos animales quizá deslumbrados, no ven las varas y caen bajo sus golpes; en pocos momentos vimos al Sr. Herrera con una docena de queirópteros en la mano, que nos dijo pertenecían á las especies *Mormops megalophylla* y *Chilonictesis rubiginosa*.

El resto de los compañeros se recostaron sobre el suelo pa-

ra descansar, y á las señoritas tuvimos la precaución de extenderles un sarape y recargadas sobre unas piedras en pocos momentos se quedaron dormidas; hubo un momento en que todos descansábamos, menos el Dr. Altamirano, que infatigable no había podido resistir la tentación de penetrar á la caverna, y con una vela en la mano bajaba ya por los umbrales del primer salón; en vano fueron nuestras súplicas de que no se alejara, pues á poco lo vimos perderse tras de unas grandes peñas, hasta que al fin, después de un momento, lo vimos reaparecer del otro lado y venir hacia nosotros á darnos cuenta de su exploración, manifestándonos que adentro había un magnífico lugar donde cómodamente podríamos pasar la noche.

Durante su ausencia, por lo incómodos que estábamos, lo mal situados entre una barranca y la caverna y lo avanzado de la hora, comenzó á haber distintas opiniones y pareceres sobre lo que debíamos hacer, lo cual, como fácilmente se comprenderá, no aliviaba en nada nuestra situación; por el contrario, venía á establecer entre nosotros diferencias sin objeto; así es que todos de común acuerdo reconocimos la necesidad de nombrar un jefe que fuera el que dispusiera lo que creyera conveniente. Entonces recordamos que en aquellos momentos el Dr. Tous-saint decía muy serio al Dr. Altamirano que se declarara autócrata y que fuera el que ordenara lo que se debía hacer. No fué necesario aquel golpe de Estado, pues todos nosotros, reconociendo en el Dr. Altamirano la pericia y experiencia que tiene, gracias á los muchos y largos viajes que ha hecho, por unanimidad lo declaramos nuestro jefe. Increíble parece lo útil y necesario que es en estos viajes la disciplina y el orden, pues de otra manera se tienen disgustos y contratiempos que aparte de lo desagradables que son en sí, estorban para el mejor éxito de la exploración.

Deseoso como estaba el mencionado doctor de penetrar cuanto antes á la caverna y junto con él algunos más, propuso que inmediatamente procediéramos á entrar y que aprovecháramos la noche en su exploración; todos dieron su voto afirma-

tivo, á pesar de lo muy cansados que se hallaban y sólo hubo un voto en contra, quizá el que menos se esperaba que fué el nuestro. Y lo dimos en contra, no porque estuviéramos cansados, ni por falta de deseos para penetrar cuanto antes, sino porque reflexionamos en lo larga y penosa que debería ser la exploración de la gruta, sobre todo para personas que como nosotros estaban mal comidas, sin cenar y con el cansancio de tres días de viaje. Además, en aquellos momentos veíamos á las señoritas que dormitaban agradablemente, dándole reposo á su cuerpo y por otro lado á los chiquillos del Dr. Villada, que no obstante su fogosidad se reconcentraban ya cerca de su padre para buscar un momento de descanso. No sabemos si aquella nota discordante, aquel no que pronunciamos produjo algún efecto en el ánimo de nuestros compañeros; pero lo cierto es que no obstante haber aprobado todos la idea de la marcha, quedó ésta diferida para después.

Una vez que resolvimos pasar allí la noche comenzamos á bajar nuestros equipajes al primer salón para instalarnos. Era de verse el cuadro que presentábamos subiendo y bajando por la rampa en zig-zag que conduce al primer salón, unos con grandes bultos y otros con una vela en una mano y un gran bastón en la otra. Poco tiempo bastó para que trasportáramos nuestros útiles, procediendo inmediatamente á buscar los lugares convenientes para la instalación. Lo primero que preocupó al Dr. Altamirano fué el instalar á las señoritas y afortunadamente encontró un magnífico lugar. En medio del salón se encuentra un gran promontorio formado por grandes trozos de roca de las que se han desprendido de la parte alta de la caverna, y en su parte superior encontró el mencionado doctor un lugar plano y seco donde con facilidad colocó las camas de las dos niñas y la de sus dos niños, compañeros inseparables de las primeras. Por lo que tocaba á nosotros, anduvimos mucho tiempo buscando lugar, pues ninguno de los que encontrábamos nos convenía, hasta que por fin abajo del promontorio y junto al Dr. Altamirano nos instalamos. Ya habíamos armado nuestro catre

y dejado listas nuestras cosas cuando aún veíamos á algunos de los compañeros con su cama á cuestas y yendo de un lugar á otro, pues no bien se instalaban en algún lugar cuando notaban que caía agua del techo ó que podía haber animales ú otras causas que los hacían emigrar; en cambio otros más despreocupados dormían ya á pierna suelta sobre el suelo ó recostados sobre algunas piedras.

El Dr. Govantes, el *Mayor* y alguna otra persona se instalaron en un brasero formado con adobes que se halla á la izquierda de la entrada. Por fin, á las diez de la noche estábamos todos instalados y algunos ya dormidos; no hubo quien pensara aquella noche en la cena y resignados ó conformes tratábamos de pasar la noche. Luego que reinó la tranquilidad notamos que nuestra caravana había aumentado con dos señores y una señora que viéndonos pasar por Jojutla y sabiendo que íbamos á Cahuamilpa, nos siguieron y se juntaron con nosotros para aprovechar la oportunidad que se les presentaba de conocer la caverna.

Silencio profundo reinó por fin bajo aquellas inmensas bóvedas, sólo interrumpido de tiempo en tiempo por la respiración de los que dormían, por el volar de algún murciélago ó por el pausado y monótono choque de las gotas de agua que caían sobre el suelo; obscuridad profunda nos envolvía, y solos, bajo las grandes peñas del centro, nos encontrábamos sentados frente á frente con el Dr. Altamirano, platicando en voz baja sobre las impresiones que recibíamos y las que todavía se nos esperaban. Tal parecía que nada vendría á perturbar aquella profunda calma, que no dejaba de tener algo de pavoroso y solemne, cuando muy lejos escuchamos y hacia fuera de la gruta el balido de un borrego que nos llamó mucho la atención; á poco rato vimos aparecer por la boca de la gruta dos hombres que con velas en la mano conducían un manso corderillo. Nos explicó entonces el doctor que aquel borrego se lo había comprado á D. Crescencio y que iba á hacer una barbacoa para que nos la comiéramos á otro día. Acto continuo mandó abrir el doctor un pozo en la bo-

ca de la gruta y un poco afuera, donde se colocaron grandes piedras y mucha leña, manteniendo un fuego vivo hasta que se pusieron rojas las paredes y las piedras; inmediatamente después el infeliz animal fué sacrificado y convenientemente aderezado con una salsa picante que el mismo compadre mandó; con todo y zalea se le metió dentro del hoyo envuelto en unos petates y cubriéndolo con tierra. Larga y pesada fué la faena para el doctor, pues á la una de la mañana andaba aún en estos arreglos.

Mientras tanto nosotros no sólo sin haber podido dormir, sino sin habernos acostado siquiera, nos ocupamos en hacer algunas observaciones con nuestro hipsómetro y barómetro, así como en arreglar algo de lo que á otro día podríamos necesitar. Toda la noche nos la pasamos contemplando por la boca de la gruta las estrellas que brillaban en fondo obscuro del cielo y que parecían no moverse; en las primeras horas de la madrugada tratamos de arrojarnos, pues la instalación de la hoguera en la entrada de la gruta produjo seguramente tiro y comenzó á colarse sobre nosotros un zefirillo medio desagradable que nos calaba los huesos.

Mucho platicamos á esas horas con el doctor, siempre entusiasta y contento, y formábamos proyectos para otras excursiones y estudios; así pasó el tiempo hasta las tres de la mañana, hora en que determinamos despertar á nuestros compañeros, nos levantamos y fuimos de cama en cama levantándolos, anunciándoles á la vez que tenían á su disposición una taza de café. En efecto, el doctor había sacado dos grandes cafeteras en las que se preparó café para todos, y á poco tiempo de haberles dado el aviso estábamos ya rodeados de la mayor parte, que deseaban cuanto antes llevar á su estómago algo caliente y que los reanimase; todos encontraban la bebida magnífica y no cesaban de darnos las gracias y alabar nuestra manufactura.

Eran las cuatro de la mañana cuando teníamos ya todo dispuesto para emprender la marcha; entonces al Dr. Altamirano como jefe y de común acuerdo con los demás, le pareció conveniente que tomáramos algunas precauciones y medidas para

facilitar la exploración y evitar en lo posible accidentes. Y así se convino en que los excursionistas se dividieran en seis grupos, yendo cada uno bajo la vigilancia de un jefe para que éste se encargara de ver que su grupo fuera completo y no se separara alguna persona de la comitiva, pues el objeto era tratar de evitar que alguno fuera á quedarse perdido en medio del laberinto que íbamos á recorrer. Respecto del alumbrado, cada uno de nosotros llevaba una vela de cera y sólo se prendería el magnesio en aquellos puntos que por su importancia necesitaran mayor luz, y en cuanto á los cohetes y fanales se determinó no quemarlos sino cuando viniéramos de regreso, á fin de que el humo que producen no nos molestara.

Una vez que quedaron aprobadas todas estas medidas procedió el doctor al nombramiento de los grupos y sus jefes, los cuales quedaron organizados así:

En el primer grupo nos colocó el doctor á nosotros, favoreciéndonos no sólo con nombrarnos jefe, sino honrándonos al encomendarnos especialmente á la Srita. María.

Del segundo grupo quedó nombrado el Dr. Govantes, á quien el Dr. Altamirano igualmente encomendó á la Srita. Josefina.

Del tercer grupo quedó como jefe el Dr. Toussaint; del cuarto el Sr. Lozano; del quinto el Sr. Espino; y del sexto el Dr. Altamirano que quiso cerrar la marcha.

Antes de partir tuvimos un rato de risa que nos lo proporcionó el Dr. Govantes, quien cuando se le llamó para que ocupara su puesto, se nos presentó totalmente transformado, al grado de que no lo conocíamos, pues mientras nosotros arreglábamos la comitiva fué á ponerse un traje especial para esta clase de exploraciones y fué llegando á nosotros con un amplio calzón de manta y un camisón cuyas faldas flotaban al aire libre; si se agrega á esto que su sombrero de á real, con la humedad de la gruta se había endurecido y sus faldas arrisado, se tendrá la figura que no pudo menos que despertar en nosotros franca hilaridad; pero él muy satisfecho nos decía: «hay verán cómo envidian mi traje.» En efecto, á poco reconocimos lo útil y nece-

sario que es cubrirse la ropa con un calzón y una blusa para precaverla del lodo, de los excrementos de los murciélagos y aun de las rupturas que las rocas pueden hacerle.

Por fin se dió la orden de marcha y comenzamos á desfilar precedidos de uno de los guías que era el que nos daba los nombres de los salones y nos llamaba la atención sobre lo más notable.

Exploración de la gruta, doce horas.

Hemos llegado por fin á tener que relatar lo que tanto deseábamos ver, por lo que tanto ahinco teníamos; pero lo que á la vez se nos presenta más difícil y casi imposible de poder transportar al papel, pues si hasta aquí sólo hemos relatado hechos que gracias á nuestros apuntes hemos podido retener para exponerlos fielmente, llegamos ahora á un punto en donde no sólo hechos y episodios debemos relatar, sino también el sinnúmero de emociones que experimentamos, para las cuales nuestra pluma es muy torpe; y que á pesar de que se empleen los términos más rebuscados de nuestro lenguaje, sólo nos permitirá formar pálidas pinturas de todo lo que admiramos, de todo lo que vimos y de todo lo que sentimos. Quizá los recuerdos de esos hechos, la descripción imperfecta de algo de lo que vimos y la enumeración de las diversas emociones que experimentamos, sirvan para avivar los recuerdos en nuestros compañeros; siendo inútil para las personas que no han visitado la caverna, pues nunca podríamos dar idea de la grandiosidad en su aspecto, la magnificencia en el natural ornato, y lo solemne é imponente que se presenta recorrer aquellas galerías que se hallan en las entrañas de la tierra. Y aun confesamos que en los momentos de escribir estos renglones, sentimos latir fuertemente nuestro corazón y la excitación nerviosa con dificultad nos permite reunir las frases.

El primer salón está formado por una inmensa bóveda en